

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Sara Mesa

# Mala letra



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Ilustración:* montaje de Laia Otero

*Primera edición:* febrero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Sara Mesa, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9805-7

Depósito Legal: B. 510-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

## EL CÁRABO

La chica volvió la cabeza desde lo alto de la loma y los vio a todos alrededor de la mesa de pícnic. En la distancia, la conversación era un murmullo ininteligible, como un zumbido de abejas. El sol estaba cayendo y la luz se retiraba de los pinos revelando verdes oscuros y cavidades que habían permanecido ocultas todo el día. Olfateó el aire –tierra húmeda, lavanda y romero, una mierda de vaca aplastada por la rueda de un coche– y regresó con los demás, demorándose en cada paso. El chasquido de las agujas de pino que se quebraban bajo sus pies se fue debilitando al acercarse, asfixiado por la voz de la tía, una voz como salida de una tinaja, grave, poderosa, pétrea. Todos apuraban los restos de la merienda en torno a ella, pidiendo su consentimiento, esperando su turno con una medida escrupulosidad. La tía sabía siempre qué había que hacer y los pasos que había que seguir para hacerlo. Sin permitir que nadie alterara su ritual, había administrado con lentitud la mantequilla, el foie gras, las rebanadas de pan tostado

y el café con leche. Actuaba sin prisa, como si el tiempo también estuviese obligado a amoldarse a su ritmo. Sus palabras ocupaban toda la explanada y se expandían más allá de las suaves colinas terrosas. La chica se detuvo a observarla a unos metros. Aquel día cumplía veintidós años y ésa era toda la celebración que le estaba permitida: pinares, coches, merienda campestre y un encuentro familiar con viejos amigos que ni siquiera eran los suyos.

A un lado, metido en uno de los coches, el tío se cortaba las uñas de los pies con las flacas piernas extendidas fuera de la puerta. En la rigidez de su mandíbula había una concentración casi religiosa.

—Hay que ir recogiendo —dijo cuando acabó, mirando al horizonte—. Se está haciendo de noche.

Se guardó el cortaúñas en el bolsillo de la camisa y volvió la mirada ojerosa hacia la mesa. La tía siguió hablando como si no lo hubiese oído. Su fraseo —entrecortado, áspero— no admitía interrupciones. Había finísimas arrugas sobre sus labios. De lejos daba la impresión de tener una especie de bigote, extrañamente despoblado pero marcial.

—Hoy día todo el mundo habla de solidaridad y de entrega y hay miles de campañas y manifestaciones y recogidas de firmas para esto o para lo otro. Pero yo digo: uno debe primero ayudar a los suyos, ¿no es así? Ayudar a los demás, a los que están lejos, bah, eso es demasiado fácil. ¿Dar limosna? ¿Enviar ropa usada a África? ¿Apadrinar a un niño? No tiene ningún mérito. Lo difícil es estar ahí en cada momento, con los tuyos, barrer para dentro, no dejar que el que está a tu lado se

caiga, enseñarlo a caminar, evitar que se desvíe o que se pierda. Eso es ayudar, y lo demás son cuentos.

La pareja que estaba a su lado —una pelirroja gruesa y lechosa y su marido, menudo y reservado— asentía sin dejar de masticar. Habían sido vecinos de los tíos durante muchos años y conocían bien su modo de comportarse. Callaban y mostraban su aprobación con leves movimientos de cabeza. Un poco más allá se sentaba también un niño de unos seis años, castaño, pecoso, con el rostro impassible y la mirada ensimismada, como vuelta hacia dentro. Comía su tostada con desgana, desperdiciando los bordes quemados. La pelirroja le reprendió en silencio con un guiño, pero la tía lo captó enseguida.

—¡Oh, vamos! ¿Quieres hacer el favor de comer bien? ¡Te vas a quedar en los huesos si sigues así! ¡No se juega con la comida!

Cambió el tono y se dirigió a la pelirroja, bajando mucho los párpados. Marcaba con énfasis algunas palabras, como si le diese asco pronunciarlas:

—Si por él fuera, estaría siempre comiendo *porque-rías*. Los padres de hoy día no se complican la vida. ¿Una tostada para merendar? ¡Oh, no, eso es *antiguo!* Es mucho mejor un donut o una porción de pizza. Su madre no le presta atención. Parece algo propio de esa rama de la familia, debe de ser genético: mujeres que paren jóvenes y que luego *abandonan* a los críos. A éste —añadió señalándolo con la cabeza— también lo hemos criado nosotros.

El niño observó fijamente a su madre, que aún bajaba la loma mirándose la punta de los zapatos. La

chica alzó la vista y le sonrió con tibieza. Él se levantó —el cuerpo desgarrado y enflaquecido por el crecimiento— y con la tostada en la mano se acercó al tío, que un poco más allá apagaba los últimos restos de la fogata. Entre los troncos calcinados aún se distinguían algunas brasas. El hombre echaba puñados de tierra sobre ellas cuidando de no ensuciarse. Una urraca los sobrevoló a todos dejando su graznido suspendido en el aire.

—Falta Silvio —anunció el niño.

La tía lo miró con los ojos encendidos. El niño se ruborizó y las pecas se le marcaron aún más sobre su piel.

—¿Dónde está? —chilló.

Nadie supo responder. Tenían ya plegada la mesa, metidos todos los bártulos en los coches, la basura recogida en sus bolsas. El tío cerró el maletero de su Fiat y se frotó las manos. Habría ido a dar una vuelta, dijo mirando al cielo. Nubes rosadas y cárdenas se deshilachaban dejando pasar los últimos rayos de luz. De la tierra se levantaba una humedad inhóspita.

—¿Una vuelta? ¿No se da cuenta de la hora que es? ¿Dónde tiene tu sobrino la cabeza?

La pelirroja intentó tranquilizarla. Debía de haberse entretenido un poco, eso era todo. Silvio conocía bien el campo, observó su marido a lo lejos pisoteando los restos humeantes de la hoguera. Ya no era un muchacho, no iba a perderse.

—¡Ya sé que no va a perderse! ¡Pero no podemos estar esperándolo eternamente! ¡Deberíamos irnos!

El niño miró alrededor y en voz muy baja sugirió que lo llamaran al móvil. ¿Lamarlo al móvil?, bramó la tía. Todos sabían que allí no había cobertura. Los antiguos vecinos la miraron unos instantes con desconcierto, sin saber bien qué hacer. El tío abrió de nuevo el maletero y se entretuvo recolocando los bultos. La tía se echó en los hombros un chal, como si de golpe todo el frío hubiese caído sobre ella, frunció el ceño y continuó murmurando sin dejar de mirar hacia el camino.

—Yo iré a buscarlo, tía —dijo la chica—. Me llevo al niño.

No esperó asentimiento. Cogió al niño de la mano y se encaminó hacia la loma, dejando a los dos matrimonios entre la bruma del atardecer. Los chillidos de las urracas seguían cruzando el cielo. Intentó acompañar sus pasos a los de las piernas de su hijo.

Llamaron varias veces, a un lado y a otro. Silvio no dio respuesta. La chica agarró al niño del brazo y lo forzó a caminar más deprisa. Probablemente lo encontrarían junto al arroyo, o junto a lo poco que quedaba del arroyo: una corriente discontinua de agua achocolatada y pestilente, flanqueada por espadañas y juncos amarillentos; un terreno resbaladizo y pantanoso hollado por madrigueras de conejos y setas venenosas y sucias con los tallos doblados por la enfermedad. La chica recordó que cuando niños, en verano, iban a cazar ranas allí, armados con un colador de cocina. Ella, la mayor, era la que entraba en el agua —fría, punzante,

verde—, cuidando de no chapotear demasiado, mientras Silvio esperaba acuclillado en la orilla, guardando silencio con absoluta seriedad. Una vez atrapadas, las metían en botes de cristal llenos de agua y las inspeccionaban con detenimiento. Casi siempre, sin que ellos entendieran bien por qué, terminaban muriendo asfixiadas. La imagen de una rana flotando en el agua, con las gruesas ancas lacias, era de una desolación indescriptible. La chica espantó el recuerdo. Después de todo, pensó, allí ya no había ranas desde hacía tiempo.

El niño voceó con la garganta estirada: una llamada aguda, infantil, teñida de incertidumbre. No hubo respuesta.

—Se hace de noche, mamá —musitó—. Vamos a dar la vuelta. El tito no está aquí.

La chica se detuvo a pensar. Podían cruzar el arroyo saltando por unas piedras, sin demasiado riesgo de mojarse. Al otro lado, el bosque se extendía oscuro, insondable, crujiente de agujas de pino y escamas de eucalipto desprendidas. O podían no cruzar y continuar la búsqueda siguiendo la corriente hasta alcanzar la carreterilla de tierra por la que habían pasado aquella mañana al llegar, en los coches todavía limpios y llenos de comida.

—Ven —dijo—. Vamos a cruzar el arroyo.

El niño miró hacia atrás con miedo. Se oyó el roncoteo de un chotacabras y la oscuridad avanzó con un golpe brusco. Tragó saliva y se agarró a la chica para bajar por la pendiente sin caerse. Avanzaron despacio, de la mano, hundiendo los zapatos en el cieno hasta llegar a los bordes del agua. La corriente era casi inexis-



tente; en la mitad del arroyo no debía de haber ni medio metro de profundidad. Las piedras, planas y embarradas, apenas se insinuaban entre las sombras. La chica intentó tranquilizar al niño. Sólo tendría que pisar con mucho cuidado, le dijo, poner los pies exactamente donde los pusiera ella. Silvio estaría al otro lado; estaba segura.

El arroyo olía mal. Olía a agua estancada y a corrupción. El niño gimió, pero ella le apretó la mano y se abrió camino entre las piedras. Iban muy lentos y en silencio, para no perder la concentración. Cuando callaban, el bosque se poblaba de ruidos: crujidos de cañas, el grito del mochuelo, un animal –un conejo, una rata– corriendo entre los juncos, el rumor lejísimo de un coche.

–¡¡Silvio!! –gritó el niño desesperado. Entonces resbaló y cayó al agua.

No tenía nada con que limpiarlo. La chica usó su propia camiseta para quitarle el barro de las piernas. Las zapatillas estaban chorreando; las secó como pudo y se las volvió a poner. El niño apestaba a agua sucia. Ella lo consoló arrullándolo durante unos minutos. Cuando se pusieron en pie se había hecho completamente de noche.

–Mamá, ¿no es mejor volver?

El niño miraba hacia la oscuridad del bosque con las pupilas dilatadas. Mechones de pelo le caían a un lado y otro de las orejas, en desorden. Su perfil se difuminaba en la negrura.